

RESEÑAS

Froylán Enciso, *Nuestra historia narcótica: pasajes para (re)legalizar las drogas en México*, México, Debate, 2015.

El más reciente libro del historiador y periodista Froylán Enciso presenta una serie de historias escritas desde los bordes, desde aquellos lugares que han sido negados o invisibilizados por una suerte de “historia oficial” acerca de las drogas y su criminalización en México. En este libro, Enciso ofrece no una sino diversas historias sobre el narcotráfico que dan cuenta de los muy distintos grupos sociales y políticos que han sido protagonistas, a lo largo del siglo xx y hasta el día de hoy, del consumo, cultivo, tráfico y criminalización de las drogas.

El título, orientado a la primera persona del plural, sugiere ya un rompimiento con una narrativa que ha tendido a representar la problemática de las drogas y del narcotráfico en México como un fenómeno que concierne a “otros”. Entendido ya sea como un problema de consumo que sólo aqueja al vecino del norte, Estados Unidos, o como un problema de cultivo y tráfico del que son responsables solo unos cuantos “bandidos” o “malhechores” que rompieron el contrato social en México, las drogas han sido hasta hoy entendidas como un fenómeno ajeno, como un mal al que es posible extirpar como si se tratase de una presencia externa o marginal.

Con *Nuestra historia narcótica*, Enciso pone de cabeza esta narrativa. Deja claro que ésta no es una historia ajena, sino una historia propia que puede y debe contarse desde el corazón mismo de nuestra cultura política y desde la trayectoria de los placeres, saberes, miedos y exclusiones forjados en México a propósito de las drogas. Es una historia que, aunque de carácter global y construida a partir de redes y complicidades transnacionales, tiene una innegable raíz interna.

En esta historia, México deja de ser un país dividido en víctimas y victimarios para convertirse en un país en el que consumidores, productores y traficantes se encuentran lo mismo en los rincones de los barrios y mercados populares que en las zonas más exclusivas y fortificadas de los grandes centros urbanos; una historia en la que las biografías de jóvenes bohemios, yuppies emprendedores, políticos distinguidos y empresarios destacados conviven y se desarrollan junto a las historias de vida de pequeños y grandes narcotraficantes, prominentes militares y policías extorsionistas.

Esta historia carece así de antagonistas, de villanos en los cuales podamos depositar de manera clara las frustraciones y desavenencias que ha traído consigo la llamada “guerra contra las drogas”. Carece, asimismo, de héroes, si por ello entendemos la presencia de personajes que puedan de manera cuasi-extraordinaria salvar al país de la vorágine de violencia que lo aqueja actualmente. Ahí radica la tenacidad y quizás el desasosiego que trae consigo este libro. Frente a una historia “oficial” escrita a partir de supuestos héroes y villanos, Enciso ofrece una historia contada desde las entrañas mismas de la historia social y del andamiaje político de México; una historia en la cual se tejen múltiples responsabilidades que incluyen no solamente a supuestos criminales, sino a empresarios, políticos y ciudadanos de a pie. En otras palabras, *Nuestra historia narcótica* ofrece nada más y nada menos que un espejo frente al cual quedan reflejados los miedos, desigualdades, puritanismos y búsquedas de la sociedad mexicana.

Leer una historia así no es fácil. No hay redención al final de una historia de este tipo, lo cual no quiere decir que no exista esperanza. En éstas, nuestras historias narcóticas, Enciso encuentra y comparte algunas claves fundamentales para construir una relación más responsable y menos destructiva con las drogas.

Al trazar la historia, desigual y contradictoria, de la legalización y criminalización de las drogas en México, Enciso en primer lugar “desnaturaliza” la criminalización. Es decir, nos muestra que la criminalización no es ni un proceso natural ni inevitable, sino un proceso histórico, construido a base de decisiones políticas, cálculos económicos, batallas científicas y miedos colectivos. En tanto histórico, el proceso puede ser, si no revertido, sí revisitado a la luz de

aquellos momentos en los que las drogas no eran un tema de policías y jueces, mucho menos de militares en México, sino un tema en todo caso de salud pública, sujeto a consideraciones médicas y a intervenciones estatales en materia de atención, prevención y reinserción.

Pero Enciso va más allá. A la luz de una posible –aunque aún lejana– re-legalización de las drogas en México y de la re-inscripción del enfoque de salud en el quehacer público, Enciso se refiere a la posibilidad de incorporar en el debate los usos recreativos y lúdicos de las drogas. En este sentido, Enciso va más allá del marco de la “medicalización” o “securitización” del fenómeno, dos regímenes que a decir del historiador francés Michel Foucault giran alrededor de dos sistemas de control, uno disciplinario, otro punitivo, expresados en los espacios sociales del hospital y la cárcel. Sin negar la importancia del enfoque de salud pública, Enciso pone así sobre la mesa un registro distinto: el de lo placentero o lo fantástico; un registro que abre la posibilidad de repensar nuestra relación con el fenómeno de las drogas desde una posición que demanda madurez y responsabilidad, y que desplaza la lógica del estereotipo y la culpa.

Enciso traza además una historia de responsabilidades compartidas con y frente a Estados Unidos. En *Nuestra historia narcótica* el vecino del norte aparece desde el inicio como un polo que de manera innegable ha, mediante la hegemonía velada o la coerción abierta, marcado los vaivenes de las políticas prohibicionistas en México. Desde principios del siglo xx y con mayor énfasis desde la llamada “guerra contra las drogas” declarada en 1971 por el presidente Richard Nixon, Estados Unidos ha buscado expandir e imponer un régimen antidrogas que privilegia un enfoque prohibicionista, reactivo y punitivo; en el interior, a partir de la criminalización y encarcelamiento masivo de minorías raciales y clases populares; en el exterior, a partir del control de la oferta mediante incursiones militares, destrucción de cultivos, y programas de asistencia y cooperación bilateral. En términos de política exterior, Estados Unidos ha logrado así sostener un discurso que hace de las drogas “el enemigo número uno” de los hogares estadounidenses, al mismo tiempo que justifica una guerra que debe –paradójicamente– hacerse fuera de casa.

No obstante, como dijimos ya, ésta no es una historia de villanos y víctimas. Enciso da cuenta de las políticas unilaterales y arbitrarias de Estados Unidos, pero nos habla también de una clase política y empresarial mexicana que ha hecho del ejercicio de la fuerza y de la impunidad selectiva un método recurrente para avanzar sus intereses. Una clase política que mientras se rinde al discurso totalizante de criminalización de las drogas de Estados Unidos, promueve en la práctica una política selectiva y diferenciada que castiga a elementos marginales, subversivos e insurrectos, mientras promueve y protege los intereses de empresarios y políticos que se benefician del negocio de las drogas. A la luz de esta historia, México y sus élites posrevolucionarias están lejos de aparecer como actores pasivos que simplemente reciben y reproducen el mandato estadounidense. Son, en cambio, protagonistas de una historia propia en la que, sin dejar de lado la importancia del régimen internacional y de la hegemonía estadounidense, se ha promovido una versión vernácula del prohibicionismo con tintes de autoritarismo político y de discriminación económica y racial. La política antidrogas en México, como tantas otras políticas de control, se ha constituido así en un instrumento predilecto de una élite que se proyecta moderna y legalista al exterior, al mismo tiempo que reproduce violencias e ilegalidades a nivel doméstico.

En esta historia de responsabilidades compartidas, Enciso subraya la necesidad de pensar de manera seria y urgente en mecanismos de reparación y justicia centrados en las víctimas de una larga y cruenta guerra contra las drogas promovida por Estados Unidos, por México y por un régimen internacional prohibicionista. Enciso propone así “la articulación de políticas y formas de movilización social que garanticen la reparación del daño en comunidades y Estados que han sido afectados por las violaciones soberanas y de derechos humanos durante más de un siglo de guerra contra las drogas”. Para ello, afirma, se requiere impulsar la conformación de una comisión de la verdad que permita establecer los daños y reparaciones que debería promover el Estado mexicano frente a las víctimas; una comisión que no esté fundada en un entendimiento de justicia como venganza sino como verdadera restitución del daño y recomposición del tejido social en

la ciudadanía y frente al Estado. Se requiere también, dice Enciso, impulsar una suerte de “Plan Marshall” apoyado por Estados Unidos y la comunidad internacional que coadyuve a reconstruir economías y formas de subsistencia que han sido impactadas por la destrucción de cultivos, la pérdida de vidas y el desplazamiento forzado de familias enteras a causa de la guerra contra las drogas.

La marcha hacia la reconstrucción de sociedades golpeadas no sólo por el narcotráfico y sus violencias, sino por la guerra contra las drogas y sus efectos perniciosos, es larga y necesariamente compleja. Entre estas posibles rutas o alternativas al régimen prohibicionista, Enciso se refiere a la legalización, pero no como panacea o como bala de plata, sino como una alternativa que tendría que dialogarse, socializarse e implementarse a sabiendas de que habrá contradicciones y obstáculos no sólo de carácter político, sino también sociocultural y comunitario. Y es que ésta, nuestra historia narcótica, marcada por la criminalización y la fabricación de culpables imaginados siempre como “otros”, ha hecho mella en una sociedad ávida de simplificar la realidad social en narrativas maniqueas y predecibles; una sociedad que de manera creciente percibe la violencia como un fenómeno arbitrario, impredecible, y que –ahora sí– puede potencialmente impactar la vida de todos.

A propósito de la violencia, la cual aparece en *Nuestra historia narcótica* como un instrumento que subyace tanto a la guerra contra las drogas como a los mecanismos de gobernanza y control social del México posrevolucionario, el libro abre una serie de interrogantes. ¿A partir de cuándo vemos esta violencia vinculada a las drogas de manera más cruenta y sistemática? ¿Cuándo es que esta violencia, promovida no sólo desde arriba y desde el centro sino desde abajo y desde los márgenes, adquiere los niveles de espectacularidad y “horrorismo” que vemos hoy en día? ¿Cuál es el punto de inflexión que hace esta violencia no sólo posible sino deseable dentro de una economía política que había privilegiado el plomo como moneda de cambio? Tenemos hasta hoy distintas hipótesis que apuntan a la mayor competencia entre los carteles mexicanos, los efectos inesperados de la guerra contra las drogas o incluso a un proceso de democratización que hizo de la corrupción un método cada vez menos fiable para asegurar las ganancias criminales.

En esta obra, Enciso da algunas luces. El autor subraya, por ejemplo, la importancia de los cambios en el precio de las drogas en el mercado global y su impacto en México. No obstante, entre líneas me parece que se vislumbra una interpretación aún más importante; una interpretación que empieza a dilucidar no sólo la dimensión numérica sino simbólica de las violencias que experimenta el país hoy en día y que cobra sentido en los vaivenes culturales y políticos de la historia de las drogas y su criminalización en México.

En *Nuestra historia narcótica*, Froylán Enciso escribe como historiador, como periodista y como activista comprometido, pero escribe, sobre todo, como un ciudadano más que como muchos en México despertamos un día en un país en guerra, en un país en el que a un número inaceptable de muertes se une una larga lista de desaparecidos, torturados y desplazados. En este libro leemos así una serie de narrativas que buscan darle sentido a una historia que lejos de ser inevitable, ha sido y puede ser re-imaginada, reconstruida y de alguna manera reescrita. Desde la historia, pasando por las relaciones internacionales y las ciencias sociales, el libro de Enciso ofrece una lectura indispensable para repensar a México en su laberinto narcótico contemporáneo.

GEMA SANTAMARÍA

Carmen Rea Campos, *Cuando la otredad se iguala. Racismo y cambio estructural en Oruro (Bolivia)*, El Colegio de México, 2015, 526 pp.

La publicación por El Colegio de México de lo que fuera la tesis doctoral de Carmen Rea Campos, que se hizo acreedora, en 2012, del Premio Academia a la Mejor Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales y Humanidades otorgado por la Academia Mexicana de Ciencias, permite reflexionar acerca del fenómeno del racismo a partir de una investigación realizada en el contexto del cambio sociopolítico que vive Bolivia desde casi una década. En efecto, en estos últimos años y a raíz de la elección de Evo Morales como

presidente de la República en 2006, se han generado cambios profundos en la sociedad boliviana que han modificado las relaciones interétnicas y sobre todo en la creciente participación de aymaras y quechuas en los asuntos públicos.

Estos cambios son el resultado de una serie de conflictos que han implicado a diversos actores, entre los cuales podemos mencionar a los campesinos aymara del altiplano pazeño, los campesinos quechua de la región del Valle, los gremialistas y vecinos aymara de los barrios populares urbanos de El Alto y las organizaciones de grupos étnicos de la zona amazónica del país. Estos conflictos permiten detectar las razones de la reafirmación del racismo en Bolivia. Para comprender dicha reafirmación, es necesario identificar las especificidades que presenta el fenómeno en distintos contextos sociales del país, lo cual nos induce a pensar que hay distintos tipos de racismo.

En esta primera década del siglo XXI, uno de los fenómenos detonantes del resurgimiento del racismo fue el proceso de acumulación de capital por parte de la etnia aymara y el estancamiento económico y social de las clases medias mestizas. La creciente prosperidad de los aymaras dio lugar a una serie de resentimientos entre esas clases medias, entre los cuales el racismo ocupó un lugar central con que se buscó mantener la legitimidad de su posición social privilegiada. Ese resentimiento asumió una forma fenotípica y una forma cultural y resurgió como resultado de las transformaciones estructurales, como fueron la crisis de la minería del estaño (1985-1987) y el auge del comercio informal regional que trasciende las fronteras entre Bolivia y Chile y que explica el enriquecimiento de las élites aymaras.

Podemos pensar que el racismo resurgió para restablecer las fronteras identitarias entre sujetos que son étnicamente distintos. Aquí, la cuestión del blanqueamiento deviene en un asunto social y no tiene que ver necesariamente con rasgos físicos del cuerpo. Los individuos que buscan presentarse como blancos quieren realizar el ideal occidental y rechazan al ser inferior, al indio, al campesino andino. Por ello, el racismo opera para clasificar y jerarquizar mediante la naturalización y la normalización de ciertos comportamientos sociales. Se construye un campo semántico específico,

situacional que constituye una formación racial, que estudió Marisol de la Cadena (1997 y 2004).¹

El libro inicia con un capítulo centrado en el análisis de la constitución del sujeto y el orden social heredado. Según la autora, el despliegue del racismo ocurre desde fines del siglo XIX a partir de la amenaza que significó la rebelión de Pablo Zárate Wilka,² la cual se percibió como frontal en contra del orden colonial. La biologización del cuerpo colonizado se produjo en el proceso de construcción del ferrocarril Antofagasta-Oruro, que convirtió, según los que realizaron dicha obra, a la población indígena en animal de carga: “Los indios no resultaban mejor que una llama”. En esa época el racismo de los liberales contribuyó a negar la existencia legal de las comunidades (ayllus) al establecer la propiedad privada, mantener el pago de tributos, anular los servicios forzados e implantar un impuesto general sobre la tierra. Los liberales, su estado y su clase gobernante recurrieron al racismo como mecanismo de poder que excluyó al indio de la política, desarticuló su relación con la tierra, masacró los cuerpos indios para despojarlos de sus tierras, obligó al trabajo doméstico gratuito, impidió la circulación por las calles. En suma, los liberales buscaron excluir al indio como integrante de la sociedad boliviana al concebirlo como perteneciente a una raza inferior.

¹ Véase Marisol de La Cadena, *Indigenous Mestizos and the Politics of Race and Culture in Cuzco (Peru)*, Durham, Duke University Press Books, 2000; *Indígenas mestizas. Raza y cultura en el Cuzco*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2004; *La decencia y el respeto. Raza y etnicidad entre los intelectuales y las mestizas cuzqueñas*, Instituto de Estudios Peruanos, 1997.

² Fue un caudillo indígena de Bolivia que se formó como militar en el ejército boliviano y alcanzó el rango de coronel; por esa época se había formado como un caudillo para el pueblo indígena. El manifiesto de Wilka, conocido como “La proclama de Caracollo” plantea la regeneración de Bolivia: “los indígenas, los blancos nos levantaremos a defender nuestra República de Bolivia quiere apoderarse [...] vendiéndonos a los chilenos”. Por otra parte, afirma que se deben respetar los blancos o vecinos a los indígenas, porque somos de una misma sangre e hijos de Bolivia, deben quererse como hermanos con los indios. Hago prevención a los blancos para que guarden el respeto con los indígenas [...]”. Esta propuesta aymara, fruto de un profundo y genuino nacionalismo que buscaba una patria basada en la tolerancia y la equidad, no se detuvo sino hasta lograr la victoria final en *Paria* el 10 de abril de 1899.

Un segundo momento del proceso de instalación del racismo se expresó en los revolucionarios de 1952, encabezados por los dirigentes del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), como Paz Estensoro, Siles Suazo y Lechín, sindicalista representante de los mineros del estaño. Por ello, para los dirigentes de la Revolución de 1952, el progreso y la civilización descansaron en los mineros, la clase letrada y los latifundistas “blancos”, dejando fuera a la mayoría de la población del país. No obstante, después de 1952, el Estado promovió una versión del nacionalismo revolucionario que buscó implantar un nuevo proyecto de nación a través de la idea del “pueblo”, conformado por los mineros, las masas indígenas, los artesanos y los comerciantes mestizos. Incluso antes de la revolución de abril de 1952, durante el gobierno de Gualberto Villarroel³ se habían creado escuelas en las haciendas y se había derogado el pongaje.⁴ A pesar de haber buscado modificar el orden oligárquico, el MNR no logró transformarlo, conque frustró las expectativas que la Revolución del 52 había inspirado en las masas.

Sin embargo, frente a liberales y a “revolucionarios” se levantó la figura de Franz Tamayo (1879-1955), ideólogo indigenista que afirmó la superioridad de la raza india⁵ y se enfrentó a los esquemas que se centraron en la promulgación de la ley de reforma agraria boliviana de 1953 que consolidó la propiedad privada de la tierra y la transformación consecuente del ámbito comunitario. El MNR sustituyó al racismo biológico por el racismo cultural. En los términos utilizados por la autora, se pasó del cuerpo a la cultura, de la biologización del cuerpo a la biologización de la cultura.

El nacionalismo revolucionario, que se identificó con la idea del mestizaje, impuso una versión del racismo identificada con la

³ Gualberto Villarroel nació en Villa Rivero (Cochabamba) en 1910 y falleció en La Paz en 1946. Tras derrocar al presidente Peñaranda en 1943, presidió la República de Bolivia entre 1944 y 1946, gobernando con el apoyo del MNR y del Partido Obrero Revolucionario. Sus reformas progresistas provocaron la reacción de la oligarquía minera. El 21 de julio de 1946, fue sacrificado en los faroles de la Plaza Murillo, frente a la sede del gobierno, junto a varios de sus colaboradores.

⁴ El *pongaje* era el servicio doméstico que los indios realizaban en forma gratuita y a cambio de alimentos en las haciendas durante el Imperio Inca.

⁵ En su libro *Creación de la pedagogía nacional*, publicado en 1910.

idea de la igualdad cultural. Este proceso se dio a través del servicio militar, de la difusión de la educación y de la creación del aparato burocrático del Estado nacionalista. En el cuartel y en la escuela, los indios aprendieron a valorar lo mestizo.

Después del periodo en que el gobierno boliviano fue encabezado por el MNR, se inició la etapa del desarrollo del “multiculturalismo liberal”. Esa etapa, puesta en marcha en la década de los años 1990 se identificó con la estrategia del presidente Sánchez de Losada, que buscó ponerlo en práctica por efecto de una reforma constitucional (1994), de la reforma educativa que dio lugar a la educación multicultural bilingüe, de la ley forestal (1997) y de la ley de participación popular (1996). El multiculturalismo fue una nueva forma de racionalización de la cuestión indígena. No fue distinto al proyecto del MNR, pero le dio a los indios la capacidad de agencia. Los indios empezaron a confiar en sí mismos y a controlar los espacios de poder local, que fueron estudiados por Rolando Sánchez.⁶ Ello contribuyó al proceso de toma de conciencia indígena que tuvo lugar entre 1995 y 2005 que se expresó en la participación de quechuas y aymaras en los gobiernos municipales⁷ y en las movilizaciones políticas que se intensificaron a partir del inicio del nuevo siglo, después del año 2000,⁸ como fueron las Guerras del Agua (en El Alto) y del Gas. Ese proceso de toma de conciencia culminó con el triunfo de Evo Morales en las elecciones presidenciales de 2005.

⁶ Véase Rolando Sánchez Serrano, “La construcción social del poder local. La participación popular y la redefinición del espacio socio-cultural en las provincias de La Paz”, tesis de Doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en Sociología, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 2002.

⁷ En 1995 había más de 500 indios en los gobiernos municipales; controlaban 47 de los 311 municipios del país en nombre del Movimiento al Socialismo (MAS). En 2002, el MAS sacó 2% menos que el MNR y junto con el partido asociado a Felipe Quispe lograron elegir un tercio de los diputados. En 2005, el MAS sacó 54% de la votación nacional y entre 2003 y 2005, a través de las movilizaciones sociales de indios y de sectores populares debilitaron y deterioraron a las élites económicas y políticas.

⁸ Véase John Crabtree, George Gray Molina y Lawrence Whitehead (eds.), *Unresolved Tensions: Bolivia, Past and Present*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2008.

El 22 de enero de 2006, al asumir el gobierno, el presidente Evo Morales inició un proceso de implementación de lo que había sido su proyecto político, económico y social. Dicho proceso incluyó medidas como el desmantelamiento del Estado neoliberal, la reestabilización económica (nacionalizaciones), la renegociación de los cambios constitucionales a través de la convocatoria a una asamblea constituyente para resolver cuestiones relacionadas con la tierra y los recursos naturales y la redistribución de la riqueza, así como la cuestión de las autonomías regionales.

Los resultados de las elecciones de la Asamblea Constituyente reflejaron la fuerza de la oposición al presidente Morales en las áreas urbanas, pero el apoyo de las áreas rurales al Movimiento al Socialismo (MAS) fue apabullante. Sin embargo, la evolución electoral después de 2006 demostró que dicho apoyo se consolidó sobre todo con el resultado del referéndum por autonomías departamentales que culminó con la aprobación de la nueva Constitución.⁹ En todo caso, los procesos electorales revelaron la existencia de tensiones dentro del MAS, sobre todo por la coexistencia de los “blancoides” y de los indios en la alianza que encabeza el presidente Morales.

Dentro de ese contexto, el libro de Carmen Rea se refiere al proceso desencadenado por la llegada de un indígena a la presidencia de la República, cuestión que explica la expresión “cuando la otredad se iguala”, símbolo de la transformación radical que experimenta la sociedad, la cultura, la economía y la política en los últimos diez años. Adquiere centralidad un tema polémico como es el que tiene que ver con la definición del ser indio, lo cual implica autoidentificarse como tal, de buscar una identidad subjetiva que puede corresponder a la procedencia o al uso de la lengua.

Esto le permite a la autora reconstruir el debate entre Xavier Albó y Carlos Toranzo, en el que el dato censal se interpreta a partir de intereses políticos en donde la distinción entre etnia y raza es central porque, según Albó, autodefinirse como quechua o aymara

⁹ El 25 de enero de 2009 fue promulgada la Nueva Constitución Política del Estado Unitario Social de Derecho Plurinacional Comunitario de la República de Bolivia. Fue aprobada con 2 064 397 votos, correspondientes a 61.43 % del total.

puede ser compatible con ser mestizo. Lo anterior se manifiesta en Oruro, donde 60.5% de la población del área urbana se autoidentifica como étnica mientras en el área rural lo hace el 91.1% y en el área departamental el 79.9%. En este debate, también se subraya la diferencia entre autoidentificarse como quechua o aymara. En efecto, los aymaras miran a menos a los quechuas. Se rechaza la hipótesis de asociación entre el lugar de procedencia y la autopertenencia étnica: los estudiantes entrevistados por Carmen Rea no quieren definirse como pertenecientes a una etnia a partir de su origen. El color de la piel y el apellido son básicos. Los sujetos no buscan una sola identidad vinculada con el criterio étnico, sino que asumen varias identidades, de lo cual se puede inferir que éste es un recurso al que pueden recurrir. Además, el eje de dominación étnica y social se antepone y determina las distinciones de clase social. Identificarse étnicamente y al mismo tiempo considerarse mestizo es una estrategia que permite evadir la exclusión y la discriminación, lo cual ilustra una estrategia de blanqueamiento. También, el proceso de identificación incluye el problema del “nombre”: en 1998, hubo 300 solicitudes diarias de cambio de nombre. Además, el apellido, las marcas corporales y cuestiones como el estigma, las señas, las huellas, los colores, los tamaños, la adscripción cultural, la lengua, el territorio, la vestimenta, todo ello debidamente codificado permite nombrar al racismo. Estas consideraciones expresan el esfuerzo de articulación sistemático por contextualizar teóricamente el fenómeno del racismo en el espacio específico de la sociedad de Oruro. En dicho esfuerzo sobresalen los aportes teóricos de Michel Foucault, Pierre Bourdieu y Marisol de la Cadena, que son revisados en detalle en este libro.

Al abordar el tema del orden racial como se manifiesta en la actualidad, sobre todo en el periodo en que Bolivia ha sido gobernada por el presidente Morales (2006-2015), se busca caracterizar al racismo contemporáneo. Se constata que reaparecen los enfrentamientos raciales violentos en Cochabamba (febrero de 2007), Sucre (mayo de 2008), a raíz de las elecciones de las representaciones a la Asamblea Constituyente (Santa Cruz, 2008). En estos tres casos reemergen procesos que cuestionan la aparente hegemonía del gobierno del MAS. Asimismo, los actores de esos actos violentos

son jóvenes de clases populares y de clases medias bajas que asumen una identidad regional (cambas, sucrenses, cochalas), los que sin ser fenotípicamente distintos, atacan a otros parecidos a ellos. Según la autora, la agresión forma parte del proceso de blanqueamiento; es el acto simbólico y público de blanquearse, de rechazar sus orígenes.

Por otra parte, las clases medias rechazan reconocer al racismo como una realidad. Consideran que si se habla de ello es por parte de gente que la construye imaginariamente, de sujetos resentidos que alegan que la discriminación racial se explica por resentimiento. Los que lo dicen o lo practican, lo dicen porque fracasaron de manera que se trata de posturas individuales que no son reflejo de situaciones estructurales. Lo que no se ve no se reconoce. Por lo tanto, no se acepta una situación que no puede ignorarse y que tiene que ver con una división del trabajo que discrimina de entrada: por ejemplo, la cuestión de la diferencia en la percepción de las mujeres de pollera¹⁰ y con respecto a las mujeres de vestido.

En efecto, a fines del siglo XVIII la pollera cambia de connotación y algunos pueden afirmar con la autora que: “una chola rica resulta ser socialmente inferior que una “no-chola” de clase media baja, o más sucia que ésta, o más propensa a la infidelidad que la última”. Así, los que niegan el racismo estructural lo hacen función de una ilusión de igualdad cuyo ejemplo más gráfico es el de la señora de clase media que está convencida de que por tratar bien a su empleada doméstica es igual a ella. Es decir, mientras el estar en una posición superior no genere tensiones con los subordinados, la convivencia puede existir sin mayor problema porque el que está en una posición inferior no cuestiona esta jerarquía. El problema surge cuando esa jerarquía es cuestionada por los “subordinados”

¹⁰ En Bolivia y Perú, desde la Colonia, las mujeres indígenas usan una falda larga que les cubre el cuerpo de la cintura hasta los pies y que posee diseños varios, con bordados, que se nombran “polleras”. Además, usan un sombrero de hombre lo cual les da una presencia muy evidente en los espacios urbanos. A veces, las polleras pueden ocultar diversos artículos, a veces de contrabando, drogas o dólares particularmente en el tránsito fronterizo entre Bolivia y Chile. Socialmente, como se afirma en el libro, contrastan las mujeres de pollera con las mujeres de vestido, identificadas con las mujeres de clases medias.

que se “igualan”; es decir, cuando la “otredad” no se reconoce en el orden señorial. En suma, el racismo es un recurso de poder que opera para legitimar la posición social privilegiada de algunos sectores sociales en situaciones en donde esas posiciones son cuestionadas como naturales y en donde la posición social y la identidad del sujeto dominante se encuentran en situación de crisis. Es un proceso social derivado de la interacción entre agentes con diferentes trayectorias de identidad en momentos de crisis, lo que los obliga a defenderse de los de abajo, de la “otredad”.

Puede concluirse que el orden considerado como natural está siendo cuestionado por los sujetos racializados. El indio de hoy dejó de ser humilde. Se convirtió en una amenaza, en un sujeto “igualado”. Es un nuevo individuo que se asemeja al que asedió a las ciudades bolivianas a fines del siglo XIX como efecto de los planteamientos de Zárate Wilka.¹¹ En esa visión, los aymaras son subversivos, antropófagos. Además, puede constatarse que la desigualdad de ingresos está étnicamente diferenciada y también se refleja en la dimensión espacial, en particular en el espacio urbano de Oruro.

Una esfera en que se manifiesta este proceso es el del trabajo doméstico en el que se desarrolla un proceso de desindianización, que se corresponde con la denominada cholificación.¹² También,

¹¹ Véase la nota 2.

¹² La noción de “cholificación” alude al cambio cultural que experimentan los migrantes andinos al llegar a ciudades como La Paz, Cochabamba u Oruro. Se asocia también a la categoría identitaria de “cholas”, categoría identitaria que se usa para señalar a las mujeres aymaras o quechuas que usan “pollera” que resulta de la adecuación del vestido español introducido en la región al final del periodo colonial. En dicho periodo constituía una marca de distinción de clase, pues lo vestían las mujeres no indígenas adineradas, pero poco a poco fue siendo accesible para las mujeres de distinto estrato social en los centros urbanos. En la actualidad es una vestimenta usada sólo por las mujeres de origen aymara o quechua en ámbitos rurales y urbanos (véase nota 1, página 22-23 del libro reseñado). Según Juan La Cruz Bonilla, en su artículo “Más allá de la cholificación: movilidad social ascendente entre los aimaras de Unicachi” (*Debates en Sociología*, núm. 35, 2010), el proceso de cholificación se manifiesta en una movilidad social ascendente en donde la asimilación de la modernidad y el éxito económico no han llevado a una ruptura con la cultura de origen.

puede observarse que es más fácil que un indio llegue a ocupar un cargo público que un no indio se desempeñe como empleada doméstica o como albañil. No se puede tomar el color de la piel solamente. Hay que articularlo con otros aspectos como la forma de los ojos, los pómulos, la forma de la nariz, la estatura.

En las encuestas escolares que se llevaron a cabo en la investigación que se plasma en este libro, la cuestión de la elaboración de los árboles genealógicos por los niños para demostrar sus orígenes es una práctica defensiva para ocultar o presumir de sus orígenes. Los apellidos y la situación económica de las familias repercuten sobre la identidad racial. Un proceso como la “indianización” de las profesiones (como el derecho), que pasa a ser concebido como un derecho, contribuye a su desprestigio, el que se produce cuando la élite las descalifica porque constatan que hay muchos indios que la estudian o practican. Este es el caso de políticos advenedizos como Max Fernández o de Carlos Palenque, quienes, en la década de 1980, ejemplificaron esas dinámicas. Así, el análisis descrito es extremadamente fino, sutil y matizado, y refleja una lectura muy atenta de las entrevistas. Es posible entonces afirmar que lo expuesto en este libro confirma muy bien lo que expresan los autores de los marcos de referencia teóricos como Alicia Castellanos y Marisol de la Cadena, que se exponen en paralelo y que otorgan sentido al discurso de los actores.

Aquí, vale la pena subrayar la presentación de los resultados de investigación en las escuelas particulares de Oruro y particularmente lo que se observa en el salón de clase. En efecto, después de presentar antecedentes sobre el sistema educacional boliviano, se utilizan las entrevistas realizadas en los colegios La Salle, Alemán, Bolivia, Jesús María para tratar el asunto del origen de la distinción (Bourdieu) en la ciudad de Oruro. Así, en ese contexto puede afirmarse que en esa ciudad la distinción está basada en tres tipos de capitales: el capital económico, el capital étnico y el capital racial. En años recientes, el capital económico se ha devaluado en términos simbólicos: el dinero ya no es fuente de superioridad. La profesión y la ocupación laboral de los padres dejan de ser solamente indicadores de clase social y son mediados y medidos por criterios raciales y étnicos. En la medida que el capital étnico y el

capital racial se han multiplicado y se expresan tanto social como políticamente, los orureños se han oscurecido en términos de piel, lo que da lugar a procesos de homogeneización que no existían hasta hace poco tiempo. Estos procesos desplazan a dichos capitales como signos de diferenciación. Son otros rasgos del cuerpo que se convierten en indicadores raciales. Sólo cuando el capital económico deja de ser significativo entre sujetos étnicamente distintos, lo étnico y lo racial se convierten en elementos de distinción relevante. Cuando el capital económico todavía es relevante, éste permite establecer distinciones de clase, intra e interclase. Sirve para legitimar un proceso de movilidad social y de blanqueamiento cultural y racial y contribuye a evitar ser ubicado cerca del que se pretende alejar.

Por lo tanto, los sujetos indígenas dejaron de ser subalternos. Ya no son tan humildes ni tan sumisos. Se igualan al sujeto dominante no gracias a sus concesiones sino por sí solos y no sólo en términos políticos sino también económicos. Y esto hace aparecer nuevas formas de racismo, opuestas a las que prevalecieron históricamente en Bolivia. En este contexto, la cuestión de la “invasión” tiene que ver con el ingreso de los no pobres pero indios en los espacios de poder social. Al dejar de ser pobres, los indios no reproducen la relación patrón-cliente, sino que imponen una relación de igualdad. El orureño mestizo blanqueado, estancado económicamente, está más próximo del indio que del europeo y esa proximidad es el motor para montar nuevas fijaciones y nuevas fronteras para ubicar al sujeto racializado en el lugar del no cambio, de la inmutabilidad.¹³

Por último, el libro se refiere a la relación entre las transformaciones estructurales y la emergencia de una nueva élite económica aymara. El racismo resulta de la interacción entre ciertas

¹³ Para ilustrar esta constatación, se cita la novela de Antonio Díaz Villamil, *La niña de sus ojos* (1948). Para una discusión de las implicaciones de esta novela, véase Ximena Soruco Sologuren, “Teatro popular en Bolivia. La afirmación de la identidad chola a través de la metáfora de la hija pródiga”, Instituto de Estudios Peruanos, Documento de Trabajo núm. 143, 2002; y también, de la misma autora: “La ininteligibilidad de lo cholo en Bolivia”, *Tinkazos*, vol. 9, núm. 21, La Paz, 2006.

transformaciones de tipo estructural que tienden a modificar las condiciones materiales de dominación entre poblaciones de origen indígena y no indígena y la reafirmación de sentimientos primordiales entre ciertos sectores de clases medias no indígenas como efecto de esas transformaciones. Entre las transformaciones estructurales sobresalen las migraciones, la pérdida de propiedades en 1952, el afán por mantener sus estilos de vida, la alfabetización total de la población aymara que dejó de ser analfabeta y el aumento del comercio entre Chile y Bolivia. Se muestra cómo los aymaras surgen en el medio de la crisis como resultado de la diversificación de sus actividades económicas y de la legalización del contrabando.

En suma, este libro de Carmen Rea explora un tema eminentemente sociológico que contribuye a explicar las tensiones interétnicas no sólo en Bolivia sino también en otros países como Alemania, Francia, Inglaterra y España. El racismo, conceptualizado por la autora, no es un fenómeno fenotípico, sino que aparece como resultado de las relaciones sociales, de la interacción entre sujetos que buscan diferenciarse los unos de los otros y establecer o restablecer jerarquías que les permitan dominar, controlar, someter y estructurar comportamientos. Como la investigación descansa sobre todo en información original recolectada personalmente por la autora en entrevistas en profundidad en una ciudad que conoce muy bien, los resultados dan fe que los cambios inducidos en la sociedad boliviana desde 2005 en adelante han tenido efectos muy profundos en la problemática del racismo. Este libro es y será un aporte significativo al conocimiento de un fenómeno cuya actualidad obliga a reflexionar sobre sus orígenes y sobre las consecuencias que su ininterrumpida vigencia puede tener para el desarrollo de sociedades como la boliviana en donde estuvo y está profundamente enraizada.

FRANCISCO ZAPATA

Citlali Ayala Martínez, Jesús Rivera de la Rosa (coords.), *De la diversidad a la consonancia: La cooperación Sur-Sur latinoamericana*, México, Instituto Mora, Conacyt, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2014, vols. I y II (Relaciones Internacionales).

Desde hace algunos años se han publicado trabajos cuyo objetivo principal es examinar, desde un enfoque teórico-metodológico, la evolución histórica e institucional de la cooperación Sur-Sur y la cooperación triangular en un contexto internacional que se caracteriza por la crisis sistémica mundial, la crisis alimentaria, la crisis energética,¹ los retos del desarrollo, la inestabilidad financiera, la “fatiga de donantes”² tradicionales y la emergencia de sujetos del Derecho Internacional, como Estados³ (Brasil, México, Colombia, Costa Rica y Ecuador) y otros actores “menos apegados a las formas gubernamentales”⁴ (Organizaciones de la Sociedad Civil y comunidades epistémicas⁵).

Los actores antes mencionados buscan, por un lado, cuestionar los conceptos de desarrollo y la distribución del poder, y por el otro, promover alternativas, concebidas por el Sur, que contribuyan a definir su rol en el escenario internacional, ya sea como actores

¹ Jesús Rivera de la Rosa, “Aproximaciones teórico-metodológicas para otra cooperación vista y practicada desde el sur en el contexto de la crisis mundial”, en la obra reseñada, vol. I, p. 76. [En adelante se cita de este libro salvo que se señale de otra forma. Ed.]

² “La pérdida de dinamismo por parte de países europeos que son clave en la escena de la cooperación internacional para el desarrollo, como es indudablemente el caso de Reino Unido y España, tiene costos elevados, tanto en términos directos como indirectos, para las contrapartes del mundo en desarrollo” (Sierra Medel, vol. I, p. 19).

³ “Las nuevas potencias medias o emergentes están buscando espacios de poder en el sistema internacional, al tiempo que las economías centrales atraviesan crisis financieras profundas” (Lechini y Morasso, vol. I, p. 323).

⁴ Ayala Martínez y Molina Alcántara, vol. I, p. 51.

⁵ “En 1989, Peter Haas sugirió el uso del concepto *comunidades epistémicas* para analizar la influencia que redes de expertos han tenido en la instauración de políticas de alcance internacional en diferentes campos” (Alma Maldonado-Maldonado, “Comunidades epistémicas: Una propuesta para estudiar el papel de los expertos en la definición de políticas en educación superior en México”, *Revista de la Educación Superior*, año 34, núm. 134, 2005, p. 108).

duales (oferentes y receptores de cooperación internacional), poli-valentes (membresías en organismos internacionales) y/o plurales (“diversidad de socios e interlocutores de cooperación”⁶).

En este mismo tenor, los dos volúmenes de esta obra son una compilación de artículos, así como un proyecto ambicioso que busca complementar, mediante estudios de casos, el saber y el que-hacer de las iniciativas latinoamericanas en materia de cooperación internacional para el desarrollo, particularmente a través de la cooperación horizontal o Sur-Sur y la cooperación triangular,⁷ esta última también llamada trilateral o tripartita.⁸

El diagnóstico de casos tiene como propósito observar el comportamiento de los Estados para vislumbrar hacia dónde se dirige la cooperación en América Latina. Algunos de los caminos que se visualizan son la cooperación como un instrumento de la política exterior que promueve el desarrollo y la confianza (elemento vital de interacción) entre los socios, la cooperación como un “espacio

⁶ Tripp Villanueva y Soto Narváez, vol. I, p. 92.

⁷ Es una modalidad de la cooperación internacional para el desarrollo que promueve “la actuación conjunta de dos actores en favor de un tercero” (Fundación CIDEAL de Cooperación e Investigación, “Introducción”, en Manuel Gómez Galán, Bruno Ayllón Pino, Miguel Albarrán Calvo, *Reflexiones prácticas sobre Cooperación Triangular*, España, CIDEAL/Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, 2011, p. 13. A lo anterior hay que agregar que la asociación es de “una fuente tradicional (bilateral o multilateral) y un país de desarrollo medio, otorgante de Cooperación Horizontal, para concurrir conjuntamente en acciones en favor de una tercera nación en desarrollo (beneficiario)” (Agencia de Cooperación Internacional de Chile, AGCI). Cabe destacar que la fuente tradicional puede ser un país u Organismo Internacional, ya sea gubernamental o no gubernamental. De acuerdo con Nahuel Oddone y Daniela Perrotta las formas de la Cooperación Triangular son tres: Norte-Sur-Sur (NSS), Sur-Sur-Sur (SSS) y Norte-Norte-Sur (NNS).

⁸ Para profundizar en el tema, véase: Miryam Colacrai (comp.), *La Cooperación Internacional desde la visión de los PRM Discusiones conceptuales, diseños de políticas y prácticas sudamericanas*, Rosario, Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, 2013; Bruno Ayllón, “Perspectivas y experiencias de triangulación de Brasil. Los casos de la Unión Europea y de la cooperación descentralizada”, vol. II, pp. 191-255; Natalia N. Fingermann, “A Study of Brazilian Trilateral Development Cooperation in Mozambique: The case of ProSAVANA and ProALIMENTOS”, Working Paper n° 13, China and Brazil in Africa Agriculture (CBAA) - Future Agriculture, 2015.

de estructuración de alianzas”⁹ (obtención de mayores márgenes de autonomía decisional) o bien como un catalizador real de procesos de integración.¹⁰

Para poder ofrecer un panorama del escenario y una gama de interpretaciones, las instituciones coeditoras definieron conjuntamente una serie de líneas de investigación, entre las que destacan: el entendimiento de la cooperación Sur-Sur, su concepto y los aportes de la cooperación Sur-Sur latinoamericana al Sistema de Cooperación Internacional para el Desarrollo (SCID).

En el capítulo “La cooperación sur-sur en su forma descentralizada: el caso de la metodología campesino a campesino en América Latina”, Abraham Bello Cortez, ofrece una definición del esquema de cooperación internacional Sur-Sur a partir del concepto de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), del modo siguiente: un conjunto de formas de compartir el conocimiento, experiencia, entrenamiento, transferencia de tecnología, así como contribuciones financieras y monetarias.

Más allá de observar esta definición desde un enfoque restringido, asistencialista y en términos de las relaciones Norte-Sur, propone estudiar esta modalidad desde una perspectiva más amplia debido a que posee características propias¹¹ y a que fue auspiciada por el surgimiento del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en 1954. Asimismo, a finales de los años setenta con el Plan de Acción de Buenos Aires (PABA, 1978) se institucionalizó la cooperación técnica, esta última es uno de los elementos por excelencia de la cooperación latinoamericana.¹²

⁹ Lechini y Morasso, vol. I, p. 328.

¹⁰ Al respecto Nahuel Oddone y Daniela Perrotta profundizan en el tema y plantean hasta qué punto la cooperación Sur-Sur en el interior del Mercosur permitirá la materialización de “programas reales de integración” (Oddone y Perrotta, vol. I, p. 395).

¹¹ “De acuerdo a la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB, 2010), la cooperación Sur-Sur posee características determinadas, tales como la horizontalidad de la acción conjunta entre países, prima el intercambio cognitivo antes que el financiero, el establecimiento de relaciones de reciprocidad entre los cooperantes y la búsqueda de altos niveles de eficiencia” (Bello Cortez, vol. I, p. 192.).

¹² Ayala Martínez y Molina Alcántara, vol. I, p. 50.

Pese a la existencia de una definición de Cooperación Sur-Sur en el seno de las Naciones Unidas, Horacio Rodríguez Vázquez indica que es pertinente explorar, caso por caso, la acepción de la cooperación internacional para el desarrollo a causa de la falta de una definición consensuada entre los países con niveles de desarrollo similar. Además, dicha concepción influye en el tipo de acciones que llevan a cabo los Estados.

En los capítulos “Los variados ámbitos de la cooperación sur-sur en el siglo XXI, las iniciativas de Brasil, Argentina y Venezuela hacia los países de África” y “La cooperación sur-sur venezolana: mucho más que un proyecto y algo menos que un proceso consolidado”, se abordan algunas de las acepciones de la cooperación Sur-Sur latinoamericana en un sentido amplio y como una construcción política.

Mientras que para Brasil la cooperación Sur-Sur es una opción estratégica de *parceira* (asociación) y un instrumento de política exterior que permite estrechar lazos con países y regiones que considera primordiales, para Venezuela la cooperación Sur-Sur es una política pública y parte de la política exterior para incentivar el desarrollo humano integral, la justicia social y el bienestar de los pueblos.

Partiendo de las definiciones anteriores, la cooperación Sur-Sur se entiende, en ocasiones, como un camino solidario y desinteresado, pero en el estudio de las relaciones internacionales es importante que las acciones en materia de política exterior sean analizadas con una visión holística, donde se consideren las motivaciones geoestratégicas y políticas a fin de observar si realmente las prácticas implementadas se alejan de las relaciones de subordinación (Norte-Sur).

En este sentido, en el trabajo titulado “Cooperación sur-sur y política externa: la presencia de Brasil y China en el continente africano”, Carlos R. S. Milani y Tassua C. O. Carvalho retoman algunas perspectivas teóricas¹³ para analizar los programas de cooperación

¹³ Para profundizar en el tema, véase: Joan M. Nelson, *Aid Influence and Foreign Policy*, Nueva York, The Macmillan Company, 1968; Amrita Narlikar, *New Powers: How to Become One and How to Manage Them*, Nueva York, Columbia, 2010.

entre países en desarrollo. De acuerdo a la teoría realista de la Cooperación Internacional para el Desarrollo, no todas las formas de cooperación son necesariamente benignas; por consiguiente, es fundamental distinguir entre cooperación como una forma de interacción instrumental y los fines perseguidos por la interacción cooperativa. “Cuando cooperan, lo Estados son racionales, oportunistas y estratégicos a fin de mejorar su propia condición; actuar de modo diferente sería no sólo ingenuo, sino peligroso para su supervivencia y bienestar”.¹⁴

Por ejemplo, la política exterior de Brasil hacia África no sólo responde a una motivación solidaria, sino también a intereses comerciales, particularmente a la “búsqueda de nuevos mercados para la inversión nacional y las exportaciones”¹⁵ de productos con alto valor agregado. Para el caso de Venezuela se aprecia la variable energética como un elemento dinamizador de las relaciones exteriores y como un factor clave para la integración energética.¹⁶ Otro ejemplo es Ecuador. En “La cooperación Sur-Sur en el proceso de reforma del Estado Ecuatoriano”, María Gabriela Rosero Moncayo expone que para este país la cooperación Sur-Sur es una política pública nacional que le permite emprender proyectos de regionalización y obtener mayores niveles de autonomía en su inserción internacional.

Considerando lo anterior, se identifica que algunas de las motivaciones de la cooperación Sur-Sur son políticas (seguridad nacional, mayor capacidad de negociación y el aumento del *soft power* en el escenario internacional) y comerciales (acceso a mercados, obtención de ganancias y recursos naturales).

Por su parte, Saskia Rodríguez Steichen, en el capítulo “Cooperación sur-sur y triangulación en un país de renta media: Costa

¹⁴ Carlos R. S. Milani y Tassua C. O. Carvalho, “Cooperación sur-sur y política externa: la presencia de Brasil y China en el continente africano”, vol. II, p. 143.

¹⁵ Iara Costa Leite, “Solidaridad, intereses y profesionalización en la provisión brasileña de cooperación internacional: el caso Más Alimentos África”, en Citlali Ayala Martínez y Jesús Rivera de la Rosa, *De la diversidad a la consonancia: La Cooperación Sur-Sur latinoamericana. Estudios de país y esquemas bilaterales y triangulares*, México, Instituto Mora, Conacyt, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2014, vol. II, p. 113.

¹⁶ Ojeda Medina, vol. II, p. 373.

Rica”, retoma los trabajos realizados por Nils-Sjard Sculz para comentar que existe una imagen idílica de la cooperación Sur-Sur y que es posible la repetición de esquemas condicionales debido a que subyacen intereses e incentivos.

Por una parte, para no idealizar la cooperación Sur-Sur, es necesario, como lo indica Jung Choi Sang Hee, en el capítulo “Una reflexión sobre la ayuda oficial al desarrollo de Corea hacia los países latinoamericanos desde una perspectiva de cooperación sur-sur”, comprender cuáles son sus potencialidades y sus limitaciones a fin de establecer estrategias que mejoren la efectividad de las acciones. Por otra parte, para no repetir patrones tradicionales (de imposición) Norte-Sur, es fundamental considerar el factor cultural para sensibilizar a la sociedad e incluirla en los proyectos de cooperación. En “La Cooperación iberoamericana: una mirada desde adentro”, Ana María Portales Cifuentes identifica que es pertinente revalorizar los lazos culturales e históricos mediante la ejecución de programas conjuntos que promuevan el teatro, la danza, los festivales, las producciones cinematográficas, entre otras.

Algunas de las conclusiones que se pueden destacar es que a pesar de los fenómenos que se están presenciando en las relaciones Norte-Sur y en los vínculos Sur-Sur, aún existen desbalances de poder y factores de condicionalidad. También, la Cooperación Sur-Sur dibuja una serie de potencialidades en América Latina que son factibles de ser difundidas, en la medida en que los socios emergentes logren ser parte de la toma de decisiones e incidan en la reforma institucional del Sistema de Cooperación Internacional para el Desarrollo.

Por último, la cooperación horizontal o Sur-Sur por sí sola no implica una mejora automática en las condiciones de bienestar de las poblaciones; la eficacia de las acciones implementadas está en función de las prioridades nacionales (fundamentadas en agendas y/o programas de desarrollo), de los sistemas de gestión-control-evaluación que se establezcan, de la asignación de los recursos, de los mecanismos de sistematización y transparencia, como la elaboración de informes o reportes y el uso de herramientas¹⁷

¹⁷ Uno de los casos de éxito en cuanto al uso de tecnologías es Colombia

para difundir las experiencias en la materia, del fortalecimiento institucional, del andamiaje legislativo de cada una de las partes, de la definición de políticas coherentes y claras, así como de la inclusión de otros actores (sociedad civil, academia y empresas) y de la coordinación interinstitucional, intersectorial y entre niveles de gobierno.

Estos libros son una gran oportunidad para los interesados en desarrollar un tema de análisis en Cooperación Sur-Sur y Cooperación Triangular en América Latina, ya que cuestionan la eficacia de los programas en términos sociales, políticos y culturales. De igual manera, ofrecen un panorama detallado de las dinámicas que se establecen en la región y de los procesos interregionales.

Al leerlos es importante tener en cuenta que los artículos fueron escritos en 2012, razón por la cual algunos datos varían respecto del contexto actual internacional.

MICHELLE RUIZ VALDÉS

gracias al diseño de un *software* que promueve y difunde las “experiencias colombianas susceptibles de ser compartidas con otros países de similar nivel de desarrollo”. Uribe Iregui, vol. II, p. 279.